

# EN TORNO A LA PRIMERA CATEDRA DE LATIN DEL ATENEO DE MADRID (CON UN DISCURSO Y UNA BREVE EPISTOLA LATINA DE MILLARES CARLO)

JOSÉ A. MOREIRO GONZÁLEZ

Una de las finalidades que, desde su aparición hace siete años, persigue este *Boletín* consiste en sacar a la luz las obras que su mentor, el Dr. Millares Carlo, dejó inéditas. En esta ocasión nos sirve de pretexto para dar a conocer un brevísimo, pero exquisito, discurso pronunciado por Millares en el homenaje consiguiente a la obtención de su primera cátedra, cuando tan sólo contaba veintidós años. Aquel discurso da pie, ahora, para celebrar su conmemoración.

El joven Millares terminaba brillantemente los estudios de Filosofía y Letras en la Universidad Central de Madrid cuando corría el mes de febrero de 1914. Ese mismo año obtenía el Premio Extraordinario de Licenciatura, ante un tribunal cuyo Secretario era Américo Castro, y el premio de Rivadeneyra, en cuya obtención tuvo mucho que ver el tema defendido: «la declinación latina»<sup>1</sup>.

Mientras completaba los estudios de doctorado, se creó una cátedra de Latín en el Ateneo, su cotidiano lugar de estudios a lo largo de toda la carrera universitaria. Indeciso Millares a presentarse, se decidió al fin por los ruegos de sus amigos ateneístas.

Las pruebas comenzaron el 27 de abril de 1915, optando a la plaza dieciséis opositores. El primer ejercicio consistió en una traducción con diccionario de la *Muerte de Británico* de Tácito, acompañada de análisis fonético, sintáctico y morfológico. Un comentario métrico-crítico de la *Oda XVI, Libro I* de Horacio configuró el segundo, el día 3 de mayo. Antes de este ejercicio los demás opositores planearon retirarse dada la superioridad que manifestó Millares. Aunque éste no lo consintió sólo tres opositores llegaron a los últimos ejercicios. La traducción sin diccionario de un pasaje de la *Muerte de César* de Suetonio y una escena del *Eunuchus* de Terencio conformaron la tercera y cuarta prueba. El tribunal concedió la cátedra a Millares Carlo por unanimidad el 8 de mayo<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Realizó estos ejercicios el 30 de septiembre. Le correspondió por sorteo, entre todas las asignaturas de la carrera, la de lengua latina. A lo largo de las cuatro horas que duró su ejercicio centró su exposición en un desarrollo comparativo de las declinaciones griega y latina.

<sup>2</sup> Presidía el tribunal su antiguo profesor D. Cayo Ortega. Junto a él los Dres. Artigas y García Hugues.

De manera inmediata y entusiasta se convocó, entre los miembros del Ateneo, un almuerzo de homenaje como demostración de la satisfacción que en aquella casa produjo el triunfo de Millares Carlo. Curiosamente la fecha del pliego de adhesión al homenaje es anterior en un día a la publicación de los resultados por parte del tribunal. Algunas de las firmas que aparecen en dicha convocatoria vienen a destacar el buen ambiente de la formación universitaria de Millares y el alto nivel adquirido por el Ateneo en las primeras décadas de nuestro siglo<sup>3</sup>: A. Vegué y Galdoni, N. Pérez Serrano, Vicente Risco, Aurelio Viñas, Jorge Guillén, Enrique Díez-Canedo, José Calvo Sotelo, A. de Beruete, Cipriano de Rivas Cherif, José Moreno Vila, L. Bravo de Laguna, Néstor de la Torre, Claudio Sánchez Albornoz, José M.<sup>a</sup> de Cossío, Juan Bosch Millares, Néstor Fdez. de la Torre, M. Muñoz Rivero, P. Franchy y Roca, Américo Castro, Luis Fernández Ardavín...

Las tarjetas de asistencia fueron escritas en latín por Julio Cejador; daban cuenta de un opíparo banquete al precio increíble de 7 ptas. el cubierto. Contenían además los versos de ofrecimiento del acto escritos por Luis Fernández Ardavín.

Los setenta comensales, reunidos en «La Bombilla» el 16 de mayo vieron sucederse a los postres los ofrecimientos del homenaje, sin que faltara la adhesión de los canarios residentes en Madrid por boca de Miguel Sarmiento.

A todos ellos contestó Millares con este discurso, que aun careciendo de título, bien podemos llamar «En defensa de la lengua latina»:

«Habéis querido, amigos míos, agasajarme con este almuerzo y yo que, desde hace algunos días, me veo rodeado y aturrido por las pruebas de vuestro cariño, no sé de qué modo digno de vosotros pueda agradecerlo. Quiero pensar que este homenaje no se celebra en mi honor. Nunca, cuando trabajaba llevado de unas aficiones que parecen nacidas conmigo mismo, según me dominan, pude pensar en este instante, el mejor y más completo de mi vida; quiero creer que nos reunimos aquí, no para celebrar este éxito mío, sino para reconciliarnos un poco con la lengua latina; ya es hora de que olvidemos que el latín es un martirio de la juventud y de que pensemos, un momento, en todo lo que esta lengua significa como ponderación, equilibrio, disciplina. Entre nosotros, la tradición que ha mantenido palpitante en otros países la afición a las antigüedades clásicas, se ha perdido casi por completo; el que hacia ellas se siente atraído, es, a los ojos de la mayoría, un ser raro y a veces digno de lástima. Ya sé que no pensáis así, porque visitos, en mayor o menor grado, habéis sentido alguna vez el deseo de acercaros a los grandes maestros del pasado, para buscar nuevas orientaciones, nuevos motivos, modalidades que rompen con la vulgaridad ambiente y remueven, en gran parte, nuestros valores literarios.

Aquel de vosotros que en el curso de una lectura latina se haya visto de pronto sorprendido por una belleza inesperada esculpida en el ritmo insuperable de esta lengua, comprenderá lo que digo, y comprenderá más que el conocimiento de lo perfecto es la única y más fecunda fuente de energías espirituales.

Yo no puedo negar, amigos, que estamos asistiendo a un resurgir de estas aficiones, pese a los detractores inconsiderados, que se parapetan detrás del socorrido aóptico de lo útil y lo práctico, como si la vida fuera esto solo y no quisieran dejarnos el ensueño que vale más que todo, y es humano y tiene algo de divino.

<sup>3</sup> Para ampliar las relaciones existentes entre Millares y el Ateneo, véase en este mismo *Boletín*, de Millares Cantero, Sergio, «Agustín Millares Carlo y el Ateneo de Madrid», núms. 6 y 7, 1985, pp. 279-283.

Ya conocéis aquellas palabras que burla burlando puso Moratín en boca de uno de los personajes del *Médico a palos*. «Vd. no sabe latín, por consiguiente está dispensado de tener sentido común». ¿Quién sabe si podrían aplicarse a los impenitentes detractores de lo griego que es la armonía y de lo romano, que es la armonía y la fuerza?

Y nada más, amigos míos. Mi sincero agradecimiento para el querido maestro que me escucha (para el querido maestro D. Cayo) y sus compañeros de tribunal; mi gratitud profunda para todos vosotros, que al reuniros conmigo esta tarde, cordialmente, me habéis proporcionado la mayor alegría de mi vida. Gracias, amigos míos, de todo corazón.»

Tres días después, Agustín Millares envió a sus padres una carta en la que contaba la celebración del banquete-homenaje. Concluía exultante con estos breves renglones en latín:

«O pater, fratresque! Haud ita pridem oppositos permultos vici magna cum luctatione et Athenei Matritensis publicus latinitatis magister electus sum. Quomodo, benevola uuuuuu, hic referam quanta anima mea laetitia est? Non certissime possum qua de causa in diebus proximis diligenter absolvam.

Valete! »